

vicio; aquélla, para hacernos bienaventurados y gloriosos; y éste, para marca terrible de infamia y de eterna condenacion. Hermanos míos, no desprecieis estas mis palabras diciendo en vuestro corazón: harto lo sabemos; ni es menester que, con tanta frecuencia, resuenen en nuestros oídos semejantes gritos de muerte. ¿Qué decís? ¿Decís que lo sabeis? Pues yo os pregunto: ¿por qué, sabiéndolo, lo tomáis á broma, sin embargo, como un juego de vuestra última hora, cual si fuese mentira? ¿Lo sabeis? y no obstante, solo pensais en delicias y placeres mundanos, sin fijar la atención por un solo instante, en que dentro poco, deberá disolverse vuestro tan complacido cuerpo, no quedando señales del mismo. ¿Lo sabeis? y, con todo, en vuestro delirio desafiáis la muerte, que ya llama á la puerta de vuestra casa, y dentro poco, reducidos á polvo, cambiará vuestras sacrílegas chanzas en gritos de eterno furor. ¡Oh estúpidos! oh insensatos! oh locura jamás oída en los siglos! gozarse con un pasajero placer de un día, de un momento, para ser castigados por Dios con eterna desolacion!

¡Ah, Dios mio! ¿y quién podrá jamás comprender la estupidez con que nosotros, al pecar, corremos alegremente en busca de la muerte, que nos persigue y rodea por todas partes, y se nos muestra bajo mil aspectos, y derriba cada día á nuestra vista nuevas víctimas, á fin de que para nuestro bien y nuestro gobierno, nos despierte del sueño, y nos llame de nuevo? Nos llame de nuevo, he dicho, para que consideremos atentamente nuestro futuro destino; pero nosotros, como si esto nada nos interesara, decimos con aquellos miserables de que hacen mención los Libros santos: Venid, gocemos, coronémonos de frescas rosas, pues el porvenir es nuestro, y nadie podrá turbar nuestros placeres, ¡Desgraciados! La muerte llama ya á la puerta, y no la vemos; llama, y nos tapamos los oídos para no oirla; y casi nos gloriamos de haberla rechazado de este modo, y habernos sustraído á su imperio. ¡Ah! ven, Dios mio, ven á despertarnos con tu poderosa gracia de este profundo letargo, que pronto va á precipitarnos para siempre en el abismo; y haz que, por fin, comprendamos cuán terrible será la muerte, despues de la cual nuestra suerte quedará decidida por toda una eternidad. ¡Oh Joaquin! á tí no te causó espanto, porque tu vida fué vida de virtudes: pero ¿cómo se presentará á nosotros, miserables y llenos de culpas? ¡Gran Patriarca! por tus méritos y por los de tu dulce hija María, alcánzanos la gracia de comprender la grande importancia que envuelve el paso del tiempo á la eternidad, para que, temblando útilmente á la vista de la muerte, no nos aterre cuando venga á arrebatarnos, sino que nos consuele, como ángel que nos llama á vida más feliz; á la vida del

amor y de la gloria que Dios tiene preparada á todos aquellos que habrán sido fieles sobre esta tierra á sus sagrados preceptos; abrazado su cruz, y de este modo, mediante su gracia, se habrán hecho dignos de la eterna retribucion. ¡Así SEA!

DIA UNDÉCIMO.

LA PÉRDIDA DE LA MADRE.

Omnes morimur, et quasi aquae dilabimur in terram, quae non revertuntur.

Todos nos vamos muriendo, y deslizando como el agua derramada por tierra, la cual nunca vuelve atrás.

(II REG. XIV, 14.)

Hermanos míos; cuando Job dijo, que la vida del hombre es una perpétua guerra sobre la tierra (1), compendió en pocas palabras toda la historia del género humano, rebelado contra su Criador por la culpa de nuestro primer padre. En efecto; contemplad á este sér misterioso, que se llama y es, verdaderamente, rey del universo. ¡Infeliz! nacido de mujer, apenas vive un cortísimo tiempo, y en medio de horribles miserias: nace por la mañana cual orgullosa flor, y por la noche ya no existe: huye con la rapidez de la sombra: pasando de cambio en cambio, hasta abismarse en la tumba para siempre (2). O si queremos servirnos de otra comparacion, diremos que nuestra vida es un torrente, que persiguiendo precipitadamente á sus olas, desaparece al pasar, sin que quede el menor rastro de su orgullo y furor. Así es como los años van acumulándose sobre nuestra cabeza, y con ellos los disgustos, las tribulaciones y los dolores. Bien quisiéramos, de trecho en trecho, detener el paso,

(1) *Militia est vita hominis super terram.* JOB. VII, 1.

(2) JOB. XIV, 1 y 2.

y extender la mano sobre la florida orilla; pero, una fuerza invencible y misteriosa nos arrastra adelante, hasta que nos trague el precipicio. En vano lloramos y nos enojamos; no nos queda más que el dolor y la muerte. Por consiguiente, ¡dichosos, mil veces dichosos aquellos, que persuadidos de la caducidad y amargura de esta vida, dirigen y levantan sus pensamientos al Cielo, para hallar esperanza y consuelo en el seno de Dios! Allí arriba está nuestra patria, donde hemos sido destinados á alabarle por los siglos de los siglos con los Angeles y Bienaventurados.

Y son, en verdad, bienaventurados aquellos que llegan á aquella patria inmortal. María, hermanos míos, va á demostraros esta noche una tan importante verdad; pues, huérfana de padre, hé aquí que ahora pierde, además, á su tierna madre Ana, que toca al fin de su mortal destierro. ¡Dichosos nosotros, oh María, si imitando tu ejemplo, levantamos el corazón donde lo tuviste siempre fijo, buscando protección en la misericordia del Cielo; pues solo allí podemos hallar esperanza, fortaleza y consuelo! Lo vereis, después de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

Visteis, hermanos míos, ó más bien, de la escena que os describí ayer de la muerte de Joaquín, dedujisteis el inmenso dolor de la cándida jovencita Virgen María, especialmente al ver cerrar para siempre la caverna sepulcral, donde quedaban custodiados los restos mortales de su amado padre, para no volver á levantarse hasta el último día. Fué tal su llanto, que conmovió á los que se hallaban presentes, por más extraños que fueran á los afectos del parentesco. Y enternecía tanto más, cuanto bebía aquel amargo cáliz con tan admirable resignación á la voluntad divina, que no hubiera hecho otro tanto la más consumada virtud. Docilidad de espíritu, que había aprendido, en parte, cuando niña, con las instrucciones y los ejemplos de su buen padre. ¡Ah! nadie en el mundo puede comprender la impresión que tales instrucciones, ó ejemplos paternos, ejercen sobre el ánimo tierno de los hijos. ¡Oh! no puedo ménos de exclamar con mucha frecuencia: si tantos desventurados padres, en vez de entregarse, en todas las contrariedades de la vida, á la ira, á la impaciencia, prorumpiendo en detestables y deshonestas palabras; se mostrasen ejemplares de costumbres religiosas y sociales, ¡cuánta ménos corrupción viéramos en los jóvenes y en la sociedad! Pues, aún suponiendo que fueran malos por su propia culpa, no osarían presentarse irrespetuosos y disolutos á la presencia de sus padres morigerados. Pero, ¡desventurados! ¿qué puede esperarse de ellos,

si el padre prorumpe en blasfemias, y la madre descarga su ira, haciendo tornos como la serpiente? Con tales modelos, ¿podrán crecer como angelitos del Paraíso? ¡Oh padres! ¿habeis nunca reflexionado seriamente sobre el particular.

Pero la tierna María, consolando á su madre del mejor modo que supo, volvió con ella á la ciudad, donde vistieron ambas de luto, y segun el estilo hebraico, permanecieron sentadas en el suelo durante siete días, con un grosero sayo encima, ajustado y sin dobleces, llamado cilicio, la cabeza y los piés desnudos, y el rostro cubierto con una extremidad del vestido, y observando un riguroso ayuno. Pasados esos días, Ana hizo encender una lámpara en la Sinagoga, para pedir sufragios por su esposo, añadiendo una limosna, segun sus facultades; mientras la dulce María, ingresando nuevamente en el Templo, tomaba la costumbre de ayunar cada semana en el día que quedó huerfanita, rogando mañana y tarde por el descanso del alma de su buen padre: ayunos y oraciones, que, segun el rito hebraico, se continuaban durante once meses cumplidos (1). ¡Y ahora vengan los novadores á decirnos, que el sufragio por los difuntos no era conocido en la antigua ley de Dios, y que ha sido una invención de la Iglesia en el siglo once! Observad, además, hermanos míos, la diferencia entre esta tan tierna y solícita piedad de los Hebreos para con sus difuntos, y la nuestra, tan lijera y de tan poca duración. Si la muerte nos arrebatara el padre los hermanos, los amigos, también nosotros lloramos por un instante; pero, pasados apenas algunos días de cortés tristeza, ¿quién se acuerda de ellos? ¡Oh! recordad, hermanos míos cristianos, que la piedad para con los difuntos es un deber sagrado de justicia, cuando no hubiera otra cosa más, por razón de los beneficios que de ellos hemos recibido, y por tantas solicitudes como emplearon para con nosotros: y así sucederá, que segun nos portemos con ellos, se portarán, igualmente, para con nosotros, nuestros nietos y descendientes! *Eadem mensura qua mensi fueritis, remetietur et vobis.*

No necesito decir aquí, que la sensible Ana, por la pérdida de su dulce compañero quedó sumergida en profundo y continuo dolor: su único consuelo, aparte del auxilio divino de la Religión, era su amada hija María, que tiernísima para con su afligida madre, salía frecuentemente del Templo para visitarla, juntamente con algunas compañeras suyas, pero siempre con permiso del sacerdote encargado

(1) Se rezaba el Salmo: «*Deus Deorum Dominus.*» Leone di Módena, y Basnage.

de dirigir las. Mas ¡ay! no tardó María en advertir, que también iba á desvanecerse el dulce y único consuelo que le quedaba, de la madre! Imagínese quien pueda el pesar que debía abrumentarla, al verse próxima á quedar enteramente sola en el mundo, sola como una caña en el desierto. No obstante, ponía toda su confianza en Dios; y cuando de lo íntimo del alma venía á oprimirle el corazón tan horrible pensamiento, levantados los ojos al Cielo, y derramando ardientes lágrimas, exclamaba: ¡Oh Jehová! hágase tu voluntad. En efecto, apenas transcurridos quince meses del primer infortunio, le sobrevino el segundo, ménos inesperado, pero no ménos doloroso.

Era una de aquellas misteriosas tardes de verano, que, al ponerse el sol, parece tomar la atmósfera un tinte de misteriosa melancolía. Siente uno oprimirse el alma de tristeza, é ignora la causa; si se pregunta qué va á suceder, no sabe qué contestarse: la inquietud del alma indica que una tormenta avanza, y, sin embargo, no aparece ninguna señal en el cielo. Mas hé aquí que un enviado al Templo, de parte de Ana, pregunta por María; la cual, sin explicación alguna, adivina la triste nueva; los presentimientos de su sensible corazón no la engañaban; por consiguiente, partió volando hacia la oscura calle donde habitaba su anciana madre Ana, y desde la cual vió arder una sola lámpara en la habitación superior, y luégo las personas que lloraban reunidas en el umbral del patio; no dudó ya, pues, que iba á extinguirse el último rayo de esperanza que le quedaba en este mundo. Subió inmediatamente donde estaban reunidos los parientes y amigos más íntimos de la familia. ¿Quién podría expresar aquí con que mano de hielo sintió la asustada Virgen oprimirse el corazón, al ver á su madre tendida en el suelo y en la última agonía? ¡Madre mia! madre mia! gritó, abrazando aquella cabeza amada. ¡Oh! ¿quién es capaz de expresar lo que en aquel instante pasó allí entre la madre y la hija? Entónces Ana, reunió las pocas fuerzas que le quedaban, y mirándola conmovida la bendijo. Después de recomendarla á los más próximos allegados, y, sobre todo, á Aquel, que bajo las alas de su amor acoge, padre amorosísimo, á los huérfanos y desgraciados (1), exclamó: ¡Oh Jehová! Aquí estoy; yo vengo! y diciendo esto espiró. María, dado un grito de dolor, abrazose más estrechamente que nunca al helado rostro de su madre; y mezclados sus blondos cabellos con los de la finada, formaban un contraste que desgarraba el corazón: parecía como si quisiera despertarla de su sueño; pero, solo el soplo de Dios puede

(1) PSALM. IX, 37

resucitar, y resucitará, efectivamente, los muertos el último día del mundo.

¡Así acaba, hermanos míos, todo lo del mundo! El uno después del otro, todos nos vamos á nuestra habitación natural, á la tumba (1). Ni sobre ella quedará señal de nuestra existencia; hasta la oscura yerba del cementerio hará desaparecer, poco á poco, el surco del azadon que lo cavó. Por consiguiente, bienaventurados aquellos á quienes cabrá la honra de ser lamentados en memoria de sus virtudes y beneficios; y éstos serán tan solo los fieles observadores de la ley divina, que viven como honrados ciudadanos, piadosos, caritativos y misericordiosos, espejo de toda escogida y benéfica virtud (2). Vosotros, padres y madres, si deseais, verdaderamente, que vuestros hijos se acuerden de vosotros después que hayais muerto, es necesario que os vean afables, cariñosos y solícitos de su verdadero bien. Si; bienaventurados los padres que bajan á la tumba, dejando la familia educada y bien informada del santo temor de Dios, y colocada en el recto camino de la honradez y de la justicia, pues, vivirán benditos hasta la cuarta y quinta generación. Pero ¡ay de los que la hayan dejado en pos de los placeres y de las diversiones, en los manejos y en los fraudes de la malicia humana! no habrá para ellos sino maldiciones execrables, ó, cuando ménos, eterno olvido. En realidad; ¿de dónde dimanaba que María llorase tanto á su amada madre Ana, sino por haber perdido en ella la más amorosa de las madres, que á costa de sacrificios y de un extremado y suavísimo amor la había cultivado con el solícito cuidado de una flor del Paraíso que se le había confiado? ¡Oh madres! con cuánta elocuencia debe hablar este ejemplo en vuestro corazón!

María se halla ahora sola, desamparada sobre la tierra, salvo la Providencia, que amorosa vela sobre ella desde el Cielo. ¿Qué hará? Nosotros, tal vez, en semejante situación, vencidos por el dolor, nos hubiéramos levantado contra el Cielo, que quisiéramos nos secundase, no solo en los honestos deseos, sino hasta en nuestros más vanos antojos. No así María, que semejante á una cándida paloma perseguida por la tormenta, se refugió en el seno de Dios, desde donde, resignada y tranquila, miró de lejos el huracán que tan duramente la había sacudido; vió y comprendió lo que es la vida de esta tierra: una escena que pasa, y no deja tras de sí más que gemidos y dolor; escena de amargas luchas, de contrariedades y desolación. Así debiéramos obrar también nosotros; y concluir, por las miserias sin fin

(1) JOB. XVII, 13 y 14.

(2) «In memoria æterna erit justus.» PSALM. CXI, 6.

de que está lleno el mundo, y por tocar con la mano todos los días, que acá abajo no hay nada firme, que la tierra no es, propiamente, nuestra morada, y desapegarnos, poco á poco, del mundo. ¿Sabeis, acaso, cuáles son los fines de Dios, al visitarnos, de vez en cuando, con enfermedades, tribulaciones, ó con la muerte de las personas que nos son más queridas? Pues son avisos de que nuestra pátria está en el Cielo (1). Enseñanza misericordiosa, que debiéramos aprovechar sábiamente, diciendo á nosotros mismos, con las palabras de los hermanos del hebreo José: Si nos visita y castiga, bien merecido lo tenemos (2); nos visita porque nos ama, y nos quiere salvos. Pero ¡ah! nosotros, por el contrario, nos servimos de los divinos castigos para prevaricar aún más; y este es, hermanos míos, el origen de todas nuestras miserias, ya que nadie combate impunemente contra Dios, ni resiste á sus llamamientos sin experimentar nuevos y mayores males; porque si es infinita su bondad, es, al mismo tiempo, un Dios omnipotente, que no sufre que nadie resista á lo que él dispone.

Se me figura ahora, que deseais saber lo que fué de María huérfana de padres, y cuál su conducta de allí en adelante. Héos aquí la respuesta. Sea que Joaquin, al morir, la recomendase á la especial proteccion del sacerdocio; ó que los magistrados, á quienes incumbía el cuidar de los huérfanos, le destinasen tutores en la poderosa familia de Aaron, á la cual estaba unida por parte de madre; ó finalmente, que la tutela de los hijos consagrados al servicio del Templo perteneciese de derecho á los levitas, lo cierto es, que María, despues de la muerte de los piadosos autores de sus dias, tuvo tutores de estirpe sacerdotal. Y si cabe hacer una conjetura, no parece inverosímil que fuese elegido para tan noble cargo el piadoso marido de santa Elisabeth, Zacarías; el cual, por el título de más próximo pariente de la Virgen María, y por la gran reputacion de virtud de que gozaba entre su pueblo, parecía como naturalmente llamado, á preferencia de cualquier otro, para el honorífico cuidado de tan virtuosa y preclara doncella. Y en verdad, la prisa que se dió María, algunos años más tarde, á atravesar toda la Judea para rendir oficios de congratulacion á la madre del Bautista, y la no corta estancia que hizo en los montes de Hebron, parecen demostrar más íntimas relaciones de las que suelen mediar en un simple parentesco. Pero, dejando aparte tales cuestiones, claro está que quedó segura bajo la proteccion del Señor del Cielo (3), en quien había

(1) PHILIP., III, 20.

(2) *Merito hæc patimur*, etc., GENES. XLII, 21.

(3) PSALM. XC, 1.

puesto toda su esperanza, y por eso no sufrió confusion alguna, sino que llevó una vida tranquila y consolada; consolada, digo, con aquel socorro que dimana de la conciencia inocente, á la cual sonrie la gracia del amor y la práctica de aquellas virtudes que obligan, mal de su grado, á los malvados del mundo, á admirarlas y hasta estimarlas. ¡Oh, sí, cristianos! tal es la sola verdadera felicidad que podemos gozar en este mundo: el vivir tranquilo y suave de la virtud; las dulzuras de las costumbres domésticas; el servir á Dios; y las santas aspiraciones en que, fijos los ojos al Cielo, prorrumpe fácilmente el corazon cuando la muerte rompe los dulces lazos de familia y de amistad. Bienaventuranza inmutable, y no aparente, como la que promete el mundo; bienaventuranza tal, que el hombre justo que disfruta de ella, haciéndose superior á sí mismo, se lanza con vuelo de águila y llega hasta á la divinidad, en cuyo seno sosiega y reposa. Por cuyas razones, donde el voluptuoso mundano languidece y desmaya por el tédio que dimana de sus mismas disipaciones, y por el asídúo trabajo que sus placeres le exigen; el virtuoso, por el contrario, lleno el ánimo de suavidad celestial, entona un himno de accion de gracias á Dios, celebrando su bondad infinita, que en el túrbido torrente de la vida terrena infunde en el corazon copioso consuelo, bastante para mitigar cualquier dolor. Los Santos, todos, obtuvieron este consuelo, precisamente, porque el mundo los despreció; y es preciso que á este consuelo recurran cuantos saben por experiencia, cuán miserable destierro es la vida de este mundo.

¡Oh, Dios mio! preciso es que, al fin, busquemos un refugio en tu amor, y bajo las alas de tu poderosa proteccion, si deseamos, verdaderamente, sostener con resignacion y alegría las adversidades de esta miserable vida. ¿Por qué, pues, confiar tan neciamente en las esperanzas humanas, ó en el auxilio de aquellos que, ó no pueden ayudarnos, por ser más miserables que nosotros; ó, pudiendo, no quieren, concentrados como están enteramente en el amor de sí mismos; compasivos con las palabras, pero crueles en realidad para con sus hermanos; ó que si están unidos á nosotros por un sincero afecto, nos son arrebatados por la muerte, que á todos nos empuja, finalmente, hácia el sepulcro? ¡Espantosa inconsecuencia, hermanos míos! Mil veces hemos experimentado, y hasta confesado públicamente, que son vanas todas las esperanzas del mundo; y, sin embargo, las ambicionamos continuamente con anhelo, duplicando en nosotros mismos aquel dolor; anhelo que, con tanta frecuencia, nos arrastra á una horrible desesperacion, miéntras que Dios nos está diciendo á todas horas, con toda suerte de amorosos llamamientos: «Venid á mí cuantos os halleis

atribulados, que yo os consolaré.» ¡Oh insensatez! oh ceguedad! ¡Ah! ¿cuándo reflexionaremos? cuándo nos resolveremos, finalmente, á gustar la suavidad del divino amor, y la tranquila y dulce paz de aquellos que se refugian en el seno de su celestial misericordia? ¡Oh Señor! que tu voz resuene fuertemente en nuestro corazon, y con la eficacia de tu gracia, nos atraiga á Ti, que eres el único refugio de los atribulados, y el puerto de salvacion tras el naufragio! Y Tú ¡oh María! por cuyas manos descenden á los mortales las divinas gracias (1); Tú, amorosa Madre y protectora nuestra; interpon tu poderoso patrocinio cerca del trono de la misericordia, á fin de que, fortalecidos por el soplo de la inspiracion celestial, rotos para siempre los vínculos de la culpa, con que estamos ligados á las miserias del mundo, gocemos de la libertad y vivamos la vida de los hijos de Dios. ASÍ SEA.

DIA DUODÉCIMO.

LA ORFANDAD DE MARÍA.

Ego ipse consolabor Vos.
Yo mismo os consolaré.
(ISAI. LI, 12)

Si tales y tantas son las miserias de la vida presente, que nadie ha podido hallar en ella la felicidad, sinó que, por el contrario, todos han tenido y tienen que sufrir angustiosas tribulaciones, amargos desengaños y dolores cruentísimos, no hay para que dudar, de que toda nuestra esperanza sólo descansa en Dios, que, segun el lenguaje de las santas Escrituras, es padre de los pobres, tutor de los huérfanos, defensor de los perseguidos y protector de las viudas (2). Pero, esta verdad, por más que haya sido predicada continuamente por los

- (1) San Bernardo.
(2) PSALM. *passim*.

ministros del santuario, sin embargo, no es bastante atendida por los cristianos, que juzgando, no por la realidad, sinó por la apariencia de las cosas, y no conociendo todas las particularidades de la vida de los hombres, en quienes resplandece la infinita sabiduría y providencia del Criador, sucede con harta frecuencia, que desdeñen recurrir á Él en sus infortunios; ú obran de manera, que demuestran, evidentemente, que no tienen verdadera fé en las promesas del Cielo. Y así, vacío el ánimo de fé verdadera, óyense despues, como es natural, horribles blasfemias, que hacen temblar de espanto: Dios no existe, dicen, y si existe, no se cuida para nada de las cosas de este mundo; ó si se cuida de ellas, sírvese con tanta parcialidad de su poder, que no merece el nombre de verdadero Padre, sinó más bien de tirano. ¡Desgraciados, que tan necia y sacrilegamente hablais! ¿Acaso habeis recurrido alguna vez con fé viva á su amor, procurando haceros dignos de sus beneficios con humilde submission á las disposiciones de su infinita sabiduría? La verdad es, que leyendo la historia de los verdaderos siervos del Señor, no hallamos ni uno tan solo, que no haya experimentado la prodigiosa proteccion del Cielo en el dia de tribulacion, sacando á este milagrosamente de la cárcel; proveyendo á aquel de pan en medio de los bosques é inhospitalarios desiertos; librando á uno de los asaltos de furiosos asesinos; salvando á otro de horrible tempestad en la mar, ó curándolo de grave enfermedad ó muerte segura. No; ni uno solo confió en vano en nuestro Padre que está en los cielos; y grato me es presentaros en esta noche, más que otra cosa, una nueva y solemne prueba de esta verdad en María, que habiendo salido del Templo en su orfandad, al parecer, tenía que quedar del todo abandonada á sí misma, sin esperanza humana en su porvenir, por un prodigioso y alto consejo de la Providencia, se le preparó el más dulce y suave consuelo que hubiera podido desear. ¡Oh Providencia divina! cuán maravillosamente resplandeces en la vida de aquellos que tienen fé en Ti y recurren á tu piedad! y nosotros, ciegos, no te vemos, ni aún cuando disfrutamos de los bienes, que son don tuyo; y sin tus misteriosos consejos, que, aunque indignos, nos socorren en todos sentidos, ya hubiéramos caido mil veces víctimas de la desesperacion. Lo veremos despues de saludar á María: A M.

Había quedado María, como queda dicho, bajo la inmediata proteccion de los sacerdotes del Templo. Cualesquiera que fueran aquellos á quienes cayó en suerte ejercer esta proteccion, es cierto que cumplieron con religiosa solicitud la santidad de tal deber; por cuyo